

En la Cámara de los *Lords* son *whippers in* el *Post Master General* y el Montero Mayor (*the master of the buck hounds*), quienes comunmente han sido *whippers in* ministeriales. Los de la oposición son Pares, que han desempeñado, o pasan a desempeñar esos cargos.

Es por medio de los *whippers in* como los partidos se comunican; son como los introductores de los *leaders* en las conferencias, que, como hemos visto, acostumbran celebrar para llegar a un acomodamiento en los negocios de interés común. La invención de los *whippers in* corresponde al genio práctico, activo y preciso de las Asambleas inglesas.

CAPITULO V.

Caracteres de los Partidos Políticos en Inglaterra

Comparada, en su conjunto, la masa social con una pirámide, podríamos decir, que dada la organización de Inglaterra y la antigua preponderancia de las clases superiores, la base de esa pirámide y el principal apoyo de los partidos fué en los comienzos la aristocracia, formando entonces el cuerpo, la clase media, y el vértice las menos poderosas por su ilustración y riqueza; pero que con el nacimiento de la clase industrial, especialmente desde el reinado de Jorge III y el desarrollo del sistema electoral, esos órdenes se han alterado, descansando ahora los partidos, en primer lugar, sobre la burguesía, que ha supeditado a la nobleza y que día a día acrece su importancia, por el acceso que a ella tienen las capas inferiores y por las fuerzas que deriva de la misma aristocracia, siendo bastante común, que algunos de los miembros distinguidos de ésta, abracen la causa de la democracia.

En cuanto a la fuerza dinámica de los partidos, ya sabemos que está representada por los históricos *whigs* y *tories*, que, aunque en el curso de los años han tomado distintas denominaciones y aun se han fraccionado bajo los nombres respectivamente de radicales, liberales, demócratas, y de conservadores, moderados o unionistas, en suma, no han alterado sus principios, tendiendo los primeros a un constante progreso; mientras que los otros hacen un contrapeso saludable, para mantener la marcha equilibrada de la Nación. Mezclándose a esos partidos fundamentales, se hacen notar otros, como los autonomistas y fenianos partidarios del *Home Rule*, los del gremio del Trabajo, los socialistas, los sufragistas que claman porque se conceda el voto a las mujeres, etc.; si bien pueden considerarse estos distintos grupos, como las avanzadas del partido liberal, al cual regularmente se unen cuando tratan de vencer obstáculos que se oponen a sus tendencias.

Esos terceros partidos tienen el inconveniente de mantener siempre oscilante la opinión de las Cámaras, pues, no reconociéndose obligados a la mayoría, ni a la minoría, inclinan la balanza inopinadamente del lado que más les conviene, que es, por lo común, hacia donde resultan satisfechos sus intereses; lo cual parece un peligro para el régimen parlamentario, puesto que en vez de que en las decisiones domine la mayoría, resulta que el predominio es de los espíritus vacilantes o quizá facciosos: los ejemplos de los diputados autonomistas irlandeses de estos últimos tiempos, de que ya hemos hablado, son una prueba irrecusable de esos manejos.

Pero ellos presentan también notorias ventajas. Si las mayorías fueran de tal manera dominantes, que en nada pudieran moderarse por la ineficacia de una débil minoría, su gobierno degeneraría en una dictadura colectiva, siempre más temible que la individual. Los partidos terceros tienden a contrarrestar este peligro, porque en la posibilidad de unirse a la minoría para de-

rotar a la mayoría, encuentra ésta el freno que la contiene dentro de los límites de la prudencia. Por otra parte, un tercer partido es, en cierto modo, un árbitro más imparcial y puede con más serenidad mediar en la discusión, ilustrándola con nuevas luces que esclarezcan y muestren los diversos aspectos de una cuestión. Y si, como hemos observado, ayuda a veces a la minoría, es también un medio de reconstruir la mayoría, cuando desertando algunos miembros de ésta, el Gabinete se empeña en llevar adelante una medida benéfica que repugnan sus partidarios y que gracias a un tercer partido se vota, en el sentido ministerial. La ley que abolió las inhabilidades de los católicos en 1829 y la famosa de los cereales, se expidieron gracias a esas importantes cooperaciones.

En general, los programas de cada partido jamás son personalistas; ellos luchan por ideales, que, según se cumplen, van renovando, convergiendo siempre al fin común, que es el bienestar del país. De allí que, cuando se trata de la salvación de la Patria, o de su Constitución, olviden sus querellas para trabajar unidos, como ocurrió, cuando mediante su alianza derribaron a Jacobo II para salvar sus instituciones, colocando en su lugar a Guillermo III. Otra consecuencia de ese sistema patriótico es, que a veces los partidos invierten sus papeles, haciéndose, por ejemplo, los *torics* progresistas, mientras los *whigs* aflojan en sus tendencias al progreso; y que en cambio, cuando éstos avanzan demasiado rápidamente, aquéllos si bien hacen contrapeso, siguen siempre las huellas de sus adversarios, por valernos de la expresión de Macaulay, hasta alcanzar la meta en perspectiva. Por supuesto que, si a veces se unen los partidos, claro es, que logrado el objeto de su fusión, vuelven a separarse, porque sin la existencia de ellos, sería imposible la práctica de las libertades y el Gobierno caería en el más duro absolutismo siendo su división, como elegantemente dice Sir Bulwer Lytton, el nervio de la libertad "*the sinew of the freedom*".

Es también digno de ser notado, que esos partidos tradicionales no persiguen principios fijos e inflexibles, como los dogmas de un credo, en sus programas políticos. Por el contrario, siguiendo la corriente de los tiempos e inspirándose en los hechos que les proporciona la estadística o su propia observación, modifican esos principios, siempre dentro de su esfera de acción, propulsiva o moderadora, cediendo en todo a la opinión pública. De donde resulta, que suele un partido quedarse sin programa, como sucedió a los liberales en la administración de Mr. Gladstone en 1874, en la cual agotaron por completo el suyo, quedando en condición de buscar otras orientaciones en su labor de partido progresista.

El constante ejercicio de la libertad, ha levantado el carácter moral de los partidos a una altura, que dista mucho de la bajeza en que se envilecían los hombres públicos de los tiempos de Guillermo III, Carlos II y Jacobo II. Hombres como Wharton, Sunderland y Walpole difícilmente podrían ocupar un lugar prominente en la administración del Rey Jorge V. Aun en la Cámara Baja, donde por la importancia del lugar y el decoro de los representantes debieran exhibirse menos escandalosamente los excesos de los hombres públicos, todavía a principios del siglo XIX hubo numerosos casos de embriaguez seguidos de repugnantes escenas de pugilato. Los hombres más eminentes no estaban exentos de esas faltas. Macaulay refiere que dos botellas de oporto, equivalían apenas, para Guillermo Pitt, a dos tazas de té, y que los periódicos de su época, no omitían publicar picantes epigramas contra el ilustre Ministro, censurando sus crapulosas costumbres en el seno de la Cámara.

Y lo que ha fortalecido esa libertad, es la amplitud del sufragio, que, purificado de la corrupción escandalosa de que largamente nos habla Erskine May, en virtud de las últimas reformas, ha traído el respeto a la opinión pública, representada por los electores y la voz reposada de la prensa. Efecto de ese respeto es, que los Gabinetes

que antes caían bajo el peso de la censura de los Comunes, dimitan ahora, en el caso de una nueva elección, antes de que se reúna el Parlamento, si el voto público les es desfavorable. Esta práctica iniciada por Disraeli en 1868 y seguida por Gladstone en 1874, puede estimarse ya como un uso constitucional.

Los partidos políticos dan la dirección al Gobierno, como que luchan para posesionarse de él, y como que los *leaders* imperantes forman precisamente parte del Gabinete y tienen asiento en el Parlamento. La obra simultánea de la acción administrativa y de la legislativa recibe de este modo un solo impulso, que evita esos choques frecuentes entre el Ejecutivo y las Cámaras, y que si alguna vez se presentan, se resuelven mediante la apelación al pueblo, que previa disolución del Parlamento, es convocado a elecciones, para que restablezca el equilibrio perturbado; de donde resulta, que en el régimen que estudiamos, es la opinión pública la que gobierna.

Y esa opinión, representación genuina del pueblo inglés, es tan arbitraria y en cierto modo tan egoísta, que muchas veces tras una ventaja conquistada derriba al partido que se la concedió. Así, la emancipación de los católicos en 1829 fué debida a los esfuerzos de Wellington y de *Sir* Roberto Peel, cuyo Gabinete perdió su prestigio al siguiente año. De igual suerte, Peel, que, en 1846 modificó la legislación sobre los cereales, en beneficio del público, fué batido ese mismo año, y obligado a dimitir su poder. En 1867, la reforma electoral fué propuesta por Disraeli, y a pesar de que la formación de la nueva Cámara se debió a su influjo, se le mostró hostil hasta compelerlo a abandonar el puesto. Finalmente, la ley que en 1884 dió mayor amplitud al sufragio, fué obra del partido liberal; y sin embargo, en 1886, las elecciones dieron un resultado aplastante contra Mr. Gladstone, su meritísimo *leader*. Y es que la opinión, al parecer, move-diza e inconstante, después de obtener las concesiones con que le brinda un partido, busca nuevas ventajas en el

otro, siempre en el sentido del mejoramiento social; obligando, por este medio, a los hombres de Estado a hacer nuevos esfuerzos y nuevas promesas, sin los cuales perderían su prestigio y acabarían por su propio agotamiento.

El sentido práctico y positivista del pueblo inglés, no impide que los partidos políticos se apasionen y que en ciertos momentos solemnes truenen unos contra los otros, como se ha visto cuando se han agitado cuestiones tan importantes como el *Home Rule* y el *Veto Bill*. Si los partidos llevaran su apasionamiento al Gobierno, se verían los excesos y represalias contra los vencidos, tan comunes en los países latinos. Por fortuna, para beneficio de la colectividad, no sucede así; desde el momento en que los *leaders* vencedores asumen el poder, su manejo es otro, y prácticos ante todo, se someten a los hechos, a los antecedentes ministeriales, a la experiencia de los funcionarios conocedores de los negocios, y aun a veces ceden a la oposición, acomodando sus medidas a las circunstancias. A este propósito, Bagehot, después de haber demostrado que el sistema de los partidos es indispensable para la existencia del gobierno representativo, añade: "Que lo que hace la fuerza misma de esta organización, lo que la hace fecunda, es que los miembros de los partidos no son muy ardientes. El partido en su conjunto está lleno de calor, pero los miembros que comprende son bastante fríos. Si fuese de otro modo, el gobierno parlamentario resultaría el más deplorable de los gobiernos, sería un gobierno de sectarios. El partido que estuviese en el poder extremaría las conclusiones de sus oradores, todas sus doctrinas serían tomadas a la letra y llevadas hasta el abuso. Pero los miembros del Parlamento inglés que se alistán en los partidos, no se apasionan hasta ese punto. Son *whigs*, o radicales o *torics*, pero son además de eso ingleses, y como ha hecho observar el P. Newman, censurando a nuestros conciudadanos son "difíciles de levantar al nivel del dogma". No gustan de extremar las doctrinas de sus partidos, hasta los límites de lo imposible.

“Muy al contrario, la mejor manera de dirigir a los ingleses con éxito, según la experiencia lo ha demostrado, es afectar moderación, aun a costa de la lógica. No es raro oír decir cosas de este género: sin someternos a esa doctrina, según la cual, 3 más 2 son 5, y aunque el H. miembro Mr. Bradford haya apoyado esta doctrina con argumentos muy serios, sin embargo, con el permiso del comité, creo poder afirmar, a mi vez, que 2 más 3 no son 4; lo que espero constituirá una base suficiente para las muy graves proposiciones que me voy a tomar la libertad de someterle”.

“Tal es, sobre poco más o menos, el lenguaje que emplea la mayoría de los miembros de la Cámara de los Comunes. Las gentes de negocios gustan, por lo común, de una semiclaridad. Durante toda su vida, se han visto envueltas en una atmósfera de probabilidades y de dudas, en donde nada era perfectamente claro, donde había probabilidades para muchas eventualidades, donde podía hablarse en sentidos muy diversos, y donde, sin embargo, era necesario resolverse a optar por alguna cosa determinada a que habría que adherirse. Resultan, pues, encantados con un lenguaje un tanto cubierto de brumas. Lejos de parecerles la circunspección y la vacilación una prueba de debilidad, ven en ella, por el contrario, el signo de un espíritu positivo. Se han enriquecido por medio de ciertos actos, cuyos motivos filosóficos jamás habrían podido explicar, y todo lo que piden es que se les presenten conclusiones fijas y moderadas, que puedan repetir cuando se les interrogue; quieren argumentos que no sean completamente abstractos, argumentos cuya abstracción está, si así puede decirse, como localizada y disuelta en la vida práctica”. Me parece—decía un día, cierto joven un poco exigente, me parece que Peel jamás apoya sus argumentos”. Precisamente por eso Roberto Peel ha sido el mejor jefe que ha tenido en nuestros días la Cámara de los Comunes; justo es, que los argumentos se despojen de toda su rigidez siempre que se mantenga su

substancia. Por otro lado, bajo nuestro sistema de gobierno, los jefes de la Cámara mismos, no gustan, en general, de llevar demasiado lejos sus conclusiones. Viven en contacto con la realidad. Una oposición, cuando llega al poder, se encuentra a menudo en la situación de un especulador en el momento de los vencimientos. Los Ministros necesitan mantener sus promesas y se ven perplejos. Han dicho que los asuntos iban de tal manera, y que si estuvieran en su poder, irían de tal otra. Pero en cuanto se han dedicado a recorrer los documentos ministeriales y a conversar con el Subsecretario permanente, quien conoce todos los puntos espinosos, y que sin faltar nunca al respeto es inquebrantable en sus opiniones, pronto empiezan a vacilar un poco. Seguramente es preciso que se decidan a hacer alguna cosa; el especulador no puede olvidar sus letras, y la antigua oposición, cuando está en su puesto, no puede tampoco olvidar las frases que ha lanzado y que sus admiradores van repitiendo aún en el país, con el correspondiente calor. Pero del propio modo que el negociante dice entonces a sus acreedores: “¿No podría Ud. tomar un pagaré a cuatro meses?” así el nuevo Ministro dice al Subsecretario permanente: “¿No podría Ud. indicarme un término medio? Evidentemente me he comprometido con palabras que he vertido en las discusiones; jamás se me ha acusado de sacrificar mi deber al vano deseo de parecer consecuente; sin embargo....” Y por último, se imagina un término medio que se asemeja, hasta donde sea posible, a lo que la oposición se proponía hacer, pero que en realidad es sencillamente lo que piden los hechos necesarios, los hechos que parece han elegido domicilio de por vida, en las oficinas del Ministerio: con tal y tan grande tenacidad estos hechos se imponen.

“Entre los medios de asegurar la moderación en un partido, el mejor es buscar, para componer ese partido, hombres dispuestos a ser por naturaleza moderados, circunspectos y casi timoratos; otro medio es que los jefes.

de partido, que son más avanzados, se encuentren, hasta donde sea posible, en contacto con el mundo de los negocios, tal cual es... El sistema inglés satisface esas dos condiciones; da a la organización de los partidos la virtud que hace a esta organización permanente, y el gobierno de los partidos posible: *esta virtud indispensable es la suavidad*". (1)

No debemos olvidar en el estudio psicológico de los partidos ingleses el influjo que las instituciones americanas han ejercido para transformar la Constitución del Reino. Los políticos ingleses, por una parte, por la solidaridad de la raza, por sus intereses comerciales y su preponderancia mundial, han seguido los acontecimientos de la famosa República con gran interés, aceptando algunas de sus prácticas y aun corruptelas, como el *cocus*, el *filibusterismo*, el *rider*, etc., etc., en la organización y lucha de sus partidos; con los cuales se han dejado influenciar por los ideales democráticos de aquella Nación. Por otra parte, los colonos ingleses y especialmente los irlandeses, que han pasado a América, han ejercido también una influencia decisiva en el cambio de las antiguas ideas de los políticos ingleses, democratizándolas más y más cada día. Este influjo ha sido todavía más vivo desde que se comenzó a agitar la ruidosa cuestión del *Home Rule*, en la cual los irlandeses fenianos, radicados en los Estados Unidos del Norte, han hecho notorios esfuerzos para emancipar a sus coterráneos insuflándoles a la vez la pasión democrática. Los viajes de Parnell y de otros muchos autonomistas a América, han traído a la vieja isla no sólo las aspiraciones y las esperanzas de los irlandeses residentes en aquel país y fuertes auxilios pecuniarios, sino la semilla de las ideas igualitarias, que en tiempos no remotos darán frutos bien sazonados para el bienestar de los antiguos súbditos del Reino Unido. De suerte que, si los americanos llevaron al Nuevo Mundo, tomándolas de la madre Patria, las libertades en que fun-

(1) Bagehot, Obra citada, págs. 181-184.

daron su prosperidad, le han devuelto ese legado enseñándole la igualdad, que unida a aquéllas, harán la felicidad de ambas naciones. Las últimas luchas sostenidas entre los liberales y los conservadores en orden al *Parliament Bill* y al nuevo sistema fiscal, y el triunfo de los primeros bajo la tenaz, inteligente y atrevida jefatura de Mr. Asquith, revelan el avance de la democracia sobre las viejas instituciones monárquicas, juntamente con la aproximación de las clases y la mejor repartición de las riquezas, y auguran, que el país de la libertad llegará a ser también el país de la igualdad; si bien esta obra de redención se hará con lentitud, por cuanto la diferencia de clases es fundamental, ha echado grandes raíces en el suelo británico y el papel de la nobleza no está cumplido por completo. Los nobles, los *squires*, los barones, los señores feudales, no han venido a ser, como en Francia bajo Luis XV, simples privilegiados, parásitos de adorno, a la postre nocivos, impopulares, odiosos, proscriptos, mal restaurados después, de espíritu rancio, desprovistos de influencia y mantenidos en el Estado, más como un recuerdo tolerado que como un resorte eficaz. Han permanecido en comunicación con el pueblo, han abierto sus filas a los talentos, las han reforzado con lo más escogido de la clase llana; siguen siendo los gobernantes, los directores, o, por lo menos, los personajes influyentes de la localidad y del Estado. Para ello se han atemperado a su siglo y a su papel; han sido administradores, patrones, promovedores de reformas, buenos gerentes de la cosa pública, hombres laboriosos, instruídos, capaces, los ciudadanos más ilustrados, más independientes, más útiles a la Nación. El pueblo que incesantemente avanza bajo la dirección de esa aristocracia ilustrada, no puede, sin perjuicio, prescindir de ella; y aunque, al parecer pugnan esas dos clases, en realidad, van unidas en la carrera del progreso. En resumen, Inglaterra se convierte en una República, para lo cual fabrica la institución aristocrática el contingente indispensable de minis-

tros, diputados, generales y diplomáticos, al modo que una escuela politécnica proporciona el contingente indispensable de ingenieros. Muchos son ineptos: que se les deje fuera de servicio, y que se dediquen a comerse sus rentas. Pero del total puede sacarse la plana mayor necesaria, y nada más preciso, que una buena plana mayor. (1)

(1) Taine, Inglaterra, págs. 183 y 197.